

No sé cuánto tiempo permaneci así : alcé por fin la cabeza y miré en derredor mio.

Junto á Francesco habia un águila hembra ahogada, sobre la punta de un peñasco un aguilucho vivo triste é inmóvil cual un pájaro esculpido, y en el aire el macho describiendo eternos círculos y dejando oír de cuando en cuando un chillido agudo y lastimero. En cuanto á Fidel, sin aliento y muriéndose tambien, se habia echado al lado de su amo y lamia su rostro cubierto de sangre.

Francesco habia sido sorprendido por el padre y la madre : atacado por ellos, sin duda, en el momento en que acababa de apoderarse de su hijo y forzado á desasirse del peñasco por el que trepaba, se habia caído ahogando al águila que se habia arrojado sobre él y cuyas garras estaban aun marcadas en su espalda.

Ved porqué queremos tanto á Fidel, continuó el anciano : á no ser por él, el cuerpo de Francesco hubiera sido pasto de los lobos y de los buitres, mientras que gracias á él descansa tranquilamente sepultado en una tumba cristiana, sobre la que de tiempo en tiempo, cuando la resignacion nos falla, podemos ir á rezar...

Comprendí que Santiago y Mariana necesitaban quedarse solos, y en vez de ponerme á la mesa, me salí de la habitacion.

HISTORIA DE LA MUJER.

A las diez me llevó el anciano al cuarto que habia preparado para mí; sobre una mesa cerca de mi cama habia un manuscrito, tinta y plumas.

— Aquí teneis, me dijo Santiago, me habeis pedido detalles sobre el hundimiento de Coldau, y yo no he querido hablar á mi hija de este accidente que la hubiera recordado la muerte de su madre, sobre todo en unos momentos en que ya tenia el corazon bastante quebrantado; pero aquí encontrareis una relacion exactísima de aquella catástrofe, escrita por su padre, mi antiguo amigo, llamado José Vigeld. Podeis copiarla y vereis que Dios fué quien preservó á Mariana para que pudiera ser algun día el consuelo de un viejo que ya no tiene hijo.

Dí gracias á mi huésped; pero tenia bastantes recuerdos para ocupar la noche y aplacé para el día siguiente por la mañana este nuevo trabajo.

Me despertó un rayo de sol que empezó á danzar alegremente sobre mis ojos cerrados, y quieras que

no, me los hizo abrir. Al pronto creí que había tenido sueños incoherentes y raros : Massena, Francisco, Fidel, Santiago, Mariana y las águilas se habían embrollado de tal modo en mi sueño que me costó todo el trabajo imaginable para compaginar en mi memoria todos éstos recuerdos y hacer brillar la luz en aquel caos. Hecha esta operacion, recordé que aun me quedaba que oír otra catástrofe de familia que anotar no menos terrible, la del hundimiento de Ruffiberg.

Doy á mis lectores la relacion en toda su sencillez, porque la he copiado, ó mas bien traducido literalmente del manuscrito de mi huésped. No carecerá de interés quizás; ahora que, gracias al bello talento de Mr. Daguerre, se puede ver en el diorama una pintura tan exacta y tan dramática de este suceso.

« El verano de 1806 habia sido muy tempestuoso, continuadas lluvias habian empapado la montaña; pero sin embargo habiamos llegado al 2 de setiembre sin que nada pudiese hacer presagiar el peligro que nos amenazaba. Hácia las dos de la tarde dije á Luisa, la mayor de mis hijas, que fuese á buscar agua á la fuente; tomó el cántaro y marchó, pero al cabo de un instante volvió diciéndome que la fuente habia dejado de correr. Como no tenia mas que atravesar el jardin para cerciorarme de aquel fenómeno, fui yo mismo y ví que efectivamente el manantial se habia secado; quise dar dos ó tres golpes de azadon en la tierra para averiguar la causa de aquella desaparicion, cuando me pareció sentir temblar el suelo bajo mis piés, solté el azadon en el momento en que acababa de clavarlo en la tierra. Mas ¡cuál fué mi asombro cuando lo ví moverse

solo! Al mismo tiempo echó á volar una nube de pájaros dando agudos chillidos; levanté los ojos y ví desprenderse los peñascos y rodar á lo largo de la montaña; creí que me hallaba acometido de un vértigo. Me volví para ir á mi casa. Detrás de mí se habia formado un foso cuya profundidad no podía medir. Salté por encima, como hubiera hecho en un sueño, y corrí hácia mi casa; parecíame que la montaña se resbalaba sobre su base y me perseguia. Al llegar delante de mi puerta ví á mi padre, que acababa de llenar de tabaco su pipa; habia predicho frecuentemente este desastre. Le dije que la montaña vacilaba como un hombre borracho, é iba á caer sobre nosotros; él miró por su lado. — ¡Bah! dijo: aun me dará tiempo para encender mi pipa; y se entró en la casa. En aquel momento pasó por el aire una cosa que hizo sombra; alcé los ojos, y era un peñasco lanzado como una bala de cañon, que fué á destruir una casa situada á cuatrocientos pasos de la aldea. Entonces apareció mi mujer, revolviendo la esquina de la calle, con tres de nuestros hijos; corrí á ella, cogí dos en mis brazos y le grité que me siguiera.

— « ¡Y Mariana!.. exclamó ella lanzándose hácia la casa: Mariana que se ha quedado dentro con Francisca. Detúvela por un brazo, pues en el mismo momento la casa daba vuelta sobre sí como una devanadera. Mi padre, que ponía el pié en el umbral, fué arrojado á la otra parte de la calle. Yo/tiré de mi mujer y la obligué á seguirme. De repente se oyó un ruido espantoso, y una nube de polvo cubrió el valle. Mi mujer me fué arrancada violentamente: me volví, habia desaparecido con su hijo: era una cosa incomprendible, infernal; la tierra se

habia abierto y vuelto á cerrar bajo sus piés, y no hubiera sabido á dónde habia pasado, á no haberse quedado una de sus manos fuera del suelo. Arrojéme sobre aquella mano que la tierra apretaba como unas tenazas, y no queria abandonar aquel sitio; sin embargo, mis hijos gritaban y me llamaban en su auxilio; me levanté como un loco, cogí uno debajo de cada brazo, y eché á correr. Tres veces sentí que la tierra se movia bajo mis piés y caí con mis hijos; tres veces me volví á levantar; al fin ya no me fué posible permanecer de pié; queria agarrarme á los árboles, y los árboles caian; queria apoyarme en un peñasco, y el peñasco huia como si se hallase animado. Puse á mis hijos en tierra y me eché sobre ellos; un instante despues parecia habia llegado el último dia de la creacion; la montaña toda entera caia hecha pedazos.

» Así permanecí con mis pobres hijos todo el dia y una parte de la noche; creíamos ser los últimos seres vivientes del mundo, cuando oimos gritos á algunos pasos de nosotros; era un jóven de Basingen, que se habia casado aquel mismo dia. Volvía de Art con toda la comitiva de la boda. En el momento de entrar en el Goldau se habia quedado atrás para coger en un jardín un ramo de rosas para su novia. Aldea, boda, novia, todo habia desaparecido de repente, y corría como una sombra por entre las ruinas, con su ramo de rosas en la mano, gritando: ¡Catalina! Yo le llamé, se vino á nosotros, nos miró, y viendo que no estaba con nosotros la que buscaba, volvió á echarse á correr como un loco.

» Levantámonos mis hijos y yo; mirando al rededor nuestro percibimos al reflejo de la luna un

gran crucifijo que habia permanecido en pié; fuimos hácia él; un anciano estaba acostado cerca de la cruz, reconocí á mi padre, le creí muerto y me precipité sobre él; se despertó; la ancianidad es indiferente.

» Le pregunté entonces si sabia algo de lo que habia pasado en la casa en donde él habia entrado en el momento de la catástrofe; pero me dijo que no habia visto nada mas que á Francisca, la cocinera, que habia cogido de la mano á Mariana gritando: ¡Hoy es el dia del juicio! ¡buyamos! ¡buyamos! Pero que en aquel momento todo habia quedado trastornado, y él mismo se vió arrojado en medio de la calle; no sabia nada mas, pues habiéndole dado una piedra en la cabeza, quedó aturdido con la violencia del golpe: cuando recobró el sentido habia pensado en la cruz, se habia ido á ella, habia orado, y se habia quedado dormido: entonces le confié mis hijos, y me puse á vagar por entre todos aquellos escombros, tratando de adivinar el sitio donde estaba nuestra casa.

» En fin, orientándome por la cruz y la cima del Rossberg, creí saber dónde me hallaba; subí á una pequeña colina formada por la tierra que cubria los restos de una casa, me agaché como cuando se habla con trabajadores que están en una mina, y llamé con toda mi fuerza. Al momento oí una voz de niño que respondia con quejidos; reconocí la voz de Mariana. No tenia piqueta ni azadon, me puse á cavar con las manos, y como la tierra estaba movediza, muy pronto hice un agujero de cuatro ó cinco piés de profundidad. Toqué el tejado destrózado, y arranqué las tejas que lo cubrian. Luego que pudo pasar mi cuerpo, me dejé resbalar á lo

largo de un madero; y como se había hundido el techo, me hallé en el interior de la casa, llena de piedras y astillas de madera. Llamé segunda vez y oí quejarse al lado de la cama; era la niña que había sido arrojada debajo de la cama; toqué su cabeza y una parte de su cuerpo; quise traerla hacia mí, pero estaba cogida entre las tablas de la cama, que se había hecho pedazos al hundirse el techo. La cama le había roto una pierna.

» Levanté las maderas de la cama con un esfuerzo casi sobrenatural, y la niña salió de debajo á gatas, ayudándose con las manos. La tomé en mis brazos, y me dijo que no se hallaba sola, que Francisca debía de estar en alguna parte. Llamé á Francisca, y la pobre muchacha no pudo responder mas que con gemidos; coloqué la niña en el suelo, y comencé á buscar. Separada violentamente de Mariana, á quien había cogido de la mano en el momento de la desgracia, se había quedado suspendida entre las ruinas, con la cabeza hacia abajo, el cuerpo oprimido por todas partes, y el rostro magullado. Despues de muchos esfuerzos había logrado sacar una mano y enjugarse los ojos llenos de sangre. En esta horrenda situacion oyó los gemidos de Mariana. Llamóla, la niña respondió: preguntóla en dónde estaba, y Mariana dijo que se hallaba echada boca arriba cogida, sin poderse mover, por la cama, pero que tenia las manos libres, y que á través de una hendidura se descubria el cielo y aun los árboles. Entonces la niña preguntó á Francisca si permanecerian mucho tiempo de aquel modo y si no vendrian á socorrerlas; pero Francisca, llena de su primera idea, de que era llegado el día del juicio, la dijo que ellas solas sobrevivian á la crea-

cion, y que muy pronto iban á morir y ser felices en el cielo: entonces la jóven y la niña se pusieron á orar. Mientras oraban; tocó una campana la oracion, y dieron en un reloj las siete. Francisca reconoció la campana y el reloj de Sternerberg. Existian aun, pues, seres vivientes y casas en pié; podian aguardar socorros; en consecuencia, trató de consolar á la niña; pero Mariana comenzaba á tener hambre, y pedia llorando su sopa; pronto se debilitaron sus gemidos, y Francisca no volvió á oírlos mas. Creyó que la pobre niña había muerto, y rogó al ángel que acababa de dejar la tierra, se acordase de ella en el cielo. Pasáronse así muchas horas. Francisca tenia un frio insoportable, su sangre, que no podia circular á causa de la presion de sus miembros, se le agolpaba al pecho y la ahogaba. Sentíase morir á su vez.

» Entonces fué cuando Mariana, que solo se hallaba dormida, se despertó y empezó á quejarse de nuevo; aquella voz humana, por débil é impotente que fuese, reanimó á la pobre Francisca, que hizo esfuerzos inauditos, logrando al fin sacar una pierna, con lo que se encontró aliviada. Despues la sobrecogió un gran sopor, y acababa de ceder á su influencia, cuando mi Marianita oyó mi voz y me respondió. Encontré por fin á Francisca, y con una pena increíble logré sacarla de entre los escombros en que se hallaba. Creia tener rotos los brazos y piernas, y pedia agua, porque lo que mas le hacia padecer, decia, era la sed. La llevé junto á Mariana, debajo del agujero que yo había hecho, y por el que se veia el cielo; la pregunté si descubria las estrellas, pero me respondió que creia estar ciega. Entonces la dije que permaneciese quieta en aquel

sitio en que estaba, y que yo iba á volver al momento para socorrerla; pero me cogió de un brazo y me rogó que no la abandonase. Respondí que nada tenia que temer, que todo estaba tranquilo; ahora que iba á comenzar por sacar de allí á Mariana, y que al momento volveria y la traeria agua. Consintió en ello.

» Desaté entonces el delantal que tenia ella, y me lo até al cuello; puse á Mariana en el delantal, cogí las otras dos puntas con los dientes, y gracias á este expediente que me dejaba libres las manos, logré subir por el madero por donde habia bajado. Corrí al pié de la cruz: en el camino ví pasar junto á mí como una sombra al desdichado jóven que buscaba á su novia; llevaba siempre su ramo de rosas en la mano.

— » ¿Habeis visto á Catalina? me dijo.

— » Venid conmigo al lado de la cruz, le respondí.

— » No, continuó él, es preciso que la encuentre.

» Y desapareció en medio de los escombros llamando siempre á su novia.

» Hallé al pié del crucifijo, no solo á mi padre y á mis hijos, sino á tres ó cuatro personas que instintivamente habian ido á buscar un refugio al pié de la cruz.... Deposité á su lado á Mariana, recomendándosela á sus hermanos, mayores que ella, referí á los que allí estaban que Francisca se habia quedado sepultada entre los escombros, y que no sabia cómo sacarla de ellos. Me dijeron que una sola casa separada del pueblo habia quedado en pié, y que allí podria encontrar una escalera y cuerdas. Corrí allí: se hallaba abierta y abandonada por sus

propietarios que habian huido; sin embargo, oí rudo sobre mi cabeza, y llamé. ¿Eres tú, Catalina? dijo una voz que reconocí por la del novio, me partía el corazon; entré en el patio para no volver á ver mas á aquel desgraciado jóven, hallé una escalera que cargué sobre mi espalda, una calabaza que llené de agua, y volví á prestar socorro á Francisca.

» La frescura del aire la habia devuelto no poco las fuerzas, y estaba de pié y me aguardaba. Introduje la escalera, que era bastante larga para tocar en el suelo, bajé cerca de Francisca, le di la calabaza, que vació con ansia, despues la ayudé á subir por la escalera, guiándola, porque no veia, conseguí sacarla fuera de la especie de sepulcro en que habia permanecido catorce horas. Durante cinco dias estuvo ciega, y todo el resto de su vida sujeta á ataques convulsivos y accesos de terror.

» Apareció el sol, y nada puede dar una idea del espectáculo que iluminó. Tres aldeas habian desaparecido; dos iglesias y cien casas estaban enterradas; cuatrocientas personas sepultadas vivas; un trozo de la montaña habia caido rodando hasta el lago Louvertz, y cegándole en parte habia levantado una ola de cien piés de altura y de una legua de extension, que habia pasado sobre la isla de Schwanau arrastrando las casas y los habitantes. La capilla de Olterr, construida de madera, fué hallada flotando sobre el lago como por milagro; la campana de Goldau, arrebatada por el aire, fué á caer á un cuarto de legua de la iglesia.

» Diez y siete personas solo sobrevivieron á esta catástrofe.

» Escrito en Art en honor de la Santísima Trinidad, el 10 de enero de 1807, y dado á mi hija Ma-

riana para que no olvide nunca, cuando yo no exista para recordarlo, que si el Señor nos ha castigado con una mano nos ha sostenido con la otra.

JOSEPH VIGELD. »

Mi huésped entró en mi cuarto cuando terminaba yo de copiar las últimas líneas del manuscrito de su suegro. Venía á anunciarme que estaba listo el desayuno.

Era la cena de la víspera á que nadie había pensado tocar.

UN CONOCIMIENTO DE POSADA.

El día estaba magnífico. Por muchas ganas que tuviese de quedarme mas tiempo en compañía de aquella excelente familia, tenia mis horas contadas, y fui á despedirme de Perico, á quien llevé un pedazo de pan : tambien me despedí de Fidel prometiéndole un collar, estreché la mano al anciano que queria á la fuerza acompañarme otra vez hasta Schonemburch, y encargué á Mariana que no me olvidase en sus oraciones.

En el momento de dcllar el ángulo en donde la víspera habíamos hallado á Fidel, me volví á mirar todavía otra vez aquella casita que blanqueaba sobre el verde musgo. El anciano estaba sentado sobre su banco de madera, Mariana de pié, me miraba alejarme de allí, y Fidel estaba tendido á los primeros rayos del sol matinal ; todo esto se destacaba en una atmósfera pura, con un aspecto reposado y tranquilo, capaz de hacer creer que la desgracia se habia debido olvidar de aquel rinconcito de tierra. Seguramente lo hubiera creído así, si no hubiese

hecho mas que pasar por delante de aquella casa; pero habia entrado en ella, se habia desarrollado ante mis ojos toda la vida real de sus habitantes con su alegría y sus lágrimas. La cabaña tiene su drama como el palacio, únicamente que el dolor de la aldea es silencioso, y el de la ciudad ruidoso; el aldeano llora en la iglesia, y el hombre de la ciudad en la calle; el pobre se queja á Dios de los hombres, y el rico se queja de Dios á los hombres.

No nos paramos en Schwitz mas que el tiempo únicamente necesario para el desayuno, pues nada ofrece la ciudad notable mas que el honor de haber dado su nombre á la confederacion, y la forma extraña de las dos montañas sobre que está apoyada: despues nos pusimos nuevamente en camino para Sewen, en donde tomamos un barco, dejamos á la izquierda el castillo de Schwanau, quemado por Stauffacher en 1308, y fuimos á abordar, al cabo de una hora casi de navegacion, al punto mismo en que se habia precipitado en el lago una parte de la montaña. Desde el momento en que descubrimos los restos de Ruiffiberg, me habian dado ganas de atravesarlo, y desde lejos la cosa me parecia de las mas fáciles, porque en los Alpes no se puede juzgar ni de la distancia, ni del volúmen de los objetos. Mis barqueros me habian dicho que me arrepentiría de aquella empresa, pero yo no habia querido creerles, de modo que, llegado á la orilla, una mal entendida vergüenza me impidió volverme atrás, y me aventuré á penetrar en medio de aquellas gigantescas ruinas de la naturaleza.

Es preciso haber visto aquel horrible caos para formarse una idea de él: no son mas que rocas ar-

rancadas de sus bases, árboles sacados de raíz, colinas sin formas ni verdor. Todas las veces que seguíamos aquellos valles caprichosos y sin continuidad, era cosa de creer que como el Cain de Byron visitábamos el cadáver del mundo. En medio de aquel trastorno de la creacion, nos era imposible adoptar un camino, proponernos un objeto, orientarnos en nuestro camino; á cada momento era preciso doblar peñascos perpendiculares que no se podian saltar, agarrarse con las manos á las ramas y raices de los árboles, volverse sin saber á dónde conducian aquellas vueltas, ni si el camino adoptado tenia salida. De tiempo en tiempo, sofocados por la vista de aquellas masas en el fondo de las que parecia arrastrarnos, nos agarrábamos á una de ellas, la trepábamos hasta la cima, y encontrábamos mas allá del desierto en que nos habíamos metido, la naturaleza viva y alegre de las praderas, de los lagos y de las montañas; entonces respirábamos cual los nadadores que suben á la superficie del agua, hacíamos nuestra provision de aire, y nos sumergíamos de nuevo en el fondo de aquellas olas de tierra que habian tragado tres aldeas que pisaban nuestros piés, con todos sus habitantes sepultados. Francesco no comprendia nada del capricho que habia tenido yo de pasar por en medio de aquellos escombros, cuando podia haber tomado el camino de Art, y confieso que yo mismo, como ya en iguales circunstancias me habia sucedido, comenzaba á encontrar bastante estúpida esa curiosidad que me arrastró siempre á donde hay mas fatiga que sufrir.

En fin, despues de cuatro horas de caminar por medio de aquella tierra convulsiva, tocamos en su

extremidad, y divisamos á un cuarto de legua el lindo campanario de Art, que se destacaba sobre el lago de Zug, y que no estaba separado de nosotros mas que por una encantadora pradera del mas delicioso verde. Se adivina con cuánto placer y delectacion pisamos aquel mullido tapiz, despues de haber andado dando tropezones cinco ó seis horas por vueltas y revueltas, subidas y bajadas, en medio de peñascos, de árboles y de tierra desmoronada. Así al llegar á Art, en lugar de pedir la comida pedí una cama, y encargué que por ningún pretexto me despertaran.

Cuando abrí los ojos, los rayos de la luna iluminaban mi cuarto con una luz tan dulce, que no pude resistir al deseo de levantarme y asomarme á la ventana. Daba sobre el lago de Zug que brillaba como un espejo de plata : á la izquierda el monte Righi, casi cortado á pico, se alzaba majestuosamente hasta las estrellas, que parecian trémulas flores coronando su cima ; á la derecha las casas de San Adriano y de Walchwyl dormian á todo lo largo de la ribera, abrigadas por la montaña de Zug. Ni una nube manchaba el cielo, ni un soplo agitaba el aire, ni un ruido se despertaba en el espacio : el mundo dormido flotaba en el éter cual un bajel que boga, y dejaba ver en su confianza que Dios le miraba andar.

Entonces me ocurrió una idea fatal para Francesco : era la de aprovechar aquella hermosa noche y aquel fresco resplandor para ponerme en camino, á fin de llegar muy de mañana á Lucerna. No tenia mas que un inconveniente, era el hambre que comenzaba á dejarse sentir. Quise volverme á la cama para tratar de volver á dormirme otra vez ; pero

como ya habia tomado el descanso necesario, no pude volver á cerrar los ojos ; además aquella mágica claridad de la luna que bañaba todo el paisaje de una tinta azulada, me atraía irresistiblemente. Salté segunda vez de la cama, y me metí con mi traje mas que ligero por los corredores de la posada, buscando el cuarto del amo y llamando á todas las puertas, á fin de estar seguro por este medio de hallar el suyo. Mi pesquisa fué por largo tiempo inútil, sea que los cuartos estuviesen deshabitados, sea que sus inquilinos tuviesen el sueño pesado. En fin, comenzaba ya á desesperar del éxito de mi excursion, cuando del último cuarto á donde llamé, me respondieron en aleman : *Warten Sie, da bin ich.* — Esperad, aquí estoy.

Trataba yo de aguardar, pues la lengua que se me hablaba, y que yo reconocia por la de mi huésped, resonaba demasiado dulcemente en mis oidos ; quedéme, pues, en el corredor aguardando á que se abriese la puerta, lo que no tardó, presentándose en ella un mozo alto, rubio, restregándose los ojos y preguntando si era ya hora de partir.

— Para mí sí, respondi sonriéndome, pero tal vez no para vos, caballero ; porque creo que los dos nos hemos equivocado, yo tomándoos por el posadero, y vos tomándome á mí por vuestro guía. Tened la bondad de disimular. Quise retirarme y añadí :

— Perdonad, me dijo, pero ¿podria al menos saber á quién he tenido el honor de recibir ?

— A Mr. Alejandro Dumas.

— Creed que me alegro muchísimo.

— ¿Me permitis la misma pregunta ?

— A Mr. Eduardo Viclers, abogado de Bruselas.

— Celebro muchísimo haber tenido la alta honra....

Y nos hicimos una cortesía como si nos encontráramos en un salon; sin embargo, el conocimiento había tenido algo de mas original, atendido el traje en que nos halláramos y que por lo parecido tenia el aire de uniforme.

— Ahora, caballero, continué yo, ¿me atreveria, sin ser indiscreto, á preguntaros una cosa?

— Hacedlo.

— ¿Teneis hambre por casualidad?

— ¡Hum! hizo el bruselés consultándose, me parece que sí.

— Es que yo me acosté ayer sin cenar, porque me estaba muriendo de sueño cuando llegué....

— Y yo, caballero, porque llegué demasiado tarde, y no habia mas que huevos en la posada.

— No os gustan los huevos, segun parece.

— Ni olerlos.

— ¿De manera que estais en ayunas?

— Lo mismo que vos.

— ¡Y bien! es preciso comer.

— Comamos.

— Despues, si gustais, nos aprovecharemos de esta hermosa noche para ponernos en camino.

— Con mucho gusto. ¿Pero qué comemos?

— Dios proveerá : primero vamos á ponernos nuestros pantalones.

La proposicion era oportuna, y así fué adoptada sin discusion : cinco minutos despues estábamos medio *presentables*, era todo cuanto se necesitaba en aquel momento.

— Ahora, dije yo, mi querido abogado, vos que hablais aleman como Lutero, encargaos de desper-

tar al huésped, y preguntadle si no habrá medio de echar mano de las gallinas que han puesto los huevos; con ellas haremos un guisado. Yo voy á despertar á mi guia, y á ver si puede servirnos para alguna cosa.

Fuí al cuarto de los criados; reconocí á Francesco por su triunfante modo de roncar. Le tiré por las piernas, despertó y me conoció.

— ¡ Ah ! excelencia, dijo extendiendo los brazos, ¡ ah ! qué hermoso sueño tenia !

— ¿ Y qué era, muchacho ?

— Soñaba que me dejábais dormir.

La reconencion me llegó al corazon, y si Francesco al dirigirmela no se hubiera dejado deslizar de la cama, creo que la compasion hubiera vencido al egoismo; pero el pobre muchacho se había dado demasiada prisa en obedecerme, y pagó la pena de su prontitud.

Cuando volví, encontré á mi nuevo conocido en conversacion con el posadero. Las noticias eran desastrosas : no habia decididamente en toda la casa nada mas que huevos.

— ¡ Pero qué ! dije yo á mi abogado, ¿ teneis una antipatia invencible por la tortilla ?

— La detesto.

— ¿ Y por el pescado ?

— El pescado es otra cosa, lo adoro.

— Pero es que no hay pescado en la posada, interrumpió el huésped.

— ¿ Cómo que no hay ? ved lo que dice mi *Itinerario*. « Art, grande y hermosa aldea del cantón de Schwitz en la márgen del lago de Zug, entre el Righe y el Ruffiberg. — Posada del Aguila Negra.

— Se está allí muy bien. — Buen pescado... Mirad, buen pescado, aquí está impreso.

— ¡Oh! sí en el lago, ha querido decir. Allí sí que hay veteles, truchas y ferras soberbias.

— Pues bien, vamos á pescarlas.

— Si no tengo redes.

— Sin redes.

— Ni tengo cañas.

— Sin cañas.

— ¿Pues con qué?

— Con la carabina.

— ¿Y para contarme esos cuentos, habeis venido á despertarme? me dijo el posadero.

— Sí, amigo mio, y todavía añadiré otra cosa; preparad todo lo que haga falta para un buen guiso á la marinera, encargaos de las cebollas, del vino y la manteca, yo me encargo del pescado.

— ¡Vamos! será preciso verlo, dijo el buen hombre preparando su cacerola.

— Enhorabuena. ¿Es vuestra la barquilla que está en el lago?

— Sí.

— ¿Me autorizais á tomarla?

— Sí.

— ¿Queréis prestarme ese hornillo de barro en que está sentado mi guia?

— Sí.

— ¡Y bien! es cuanto necesito: gracias. Ahora, Francesco, enciende fuego en el hornillo, recoge ramas de pino, toma una cuerda, y en camino.

— ¡Buena pesca! dijo el posadero en tono gansoso.

Cogí mi carabina, hice seña al abogado de que me siguiera y salimos.

En un salto estuvimos á la orilla del lago: até con la cuerda el hornillo á la proa de la barca, lo cargué de nuevas ramas de pino; Francesco se sentó en el banco de en medio con un remo en cada mano. Mr. Vielers desató la cadena que tenía amarrada la barca á la orilla, y vino á reunirse conmigo; hice seña á nuestro remero de que pusiera mano á la obra, y comenzamos á resbalar por el lago.

Estaba, como ya he dicho, liso como un espejo, y tan limpio que veíamos perfectamente á la profundidad de casi veinte piés. El agua reflejaba la trémula llama de nuestro hornillo que parecia arder en medio del elemento destinado á apagarla. De tiempo en tiempo veíamos como un relámpago plateado que pasaba por debajo de nuestra barca, y yo enseñaba con el dedo á mi camarada de pesca aquel presagio de buen éxito, pues era la escama chispeante de un habitante del lago, que despertado por aquel resplandor desacostumbrado pasaba rápidamente por el círculo de luz que nosotros llevábamos delante. Poco á poco pareció que los peces no solamente se familiarizaban con nosotros, sino que atraídos por la curiosidad subian desde el fondo del agua, hasta pararse á la distancia de algunos piés de su superficie inmóviles y como adormecidos: podíamos reconocer su forma y su especie, pero ninguno subia bastante cerca de nosotros que quisiese arriesgarme á desperdiciar una bala. Hice señal á Francesco que dejase de remar, y eché nuevas ramas en el hornillo: duplicóse la llama, los peces atraídos como por encanto, se elevaban con un movimiento de aletas tan imperceptible, que no reparábamos que subian á la superficie, sino por el aumento de su dimension; en fin, entraron en

el foco de luz reflejado por el agua, y les vimos brillar como si cada una de sus escamas fuese un diamante; podíamos elegir á nuestro gusto y capricho. Mi compañero me mostraba una soberbia trucha, pero ya habia echado mis cálculos sobre un lavareto magnifico, pues conocia su especie por haber tenido con ella en el lago de Ginebra relaciones de que no habia tenido motivo sino de alegrarme. Hacia él, pues, dirigí el cañon de mi carabina; el abogado me miraba conteniendo la respiracion; Francesco se habia colocado á gatas junto á nosotros, y parecia tener gran interés en lo que iba á suceder; únicamente el lavareto parecia ignorar que era el objeto de la atencion general. Subia insensiblemente como si despues de haber atravesado el primer foco reflejado por el agua hubiese querido llegar hasta la verdadera llama que ardia en el aire; por fin juzgué que estaba á buena altura, solté el gatillo, y salió el tiro.

No pudimos menos de estremecernos nosotros á aquella detonacion, cual si hubiese sido inesperada; toda la montaña se habia conmovido hasta lo mas profundo; hubiérase dicho que el trueno vagaba por las costas del Righi y del Ruffiberg; oimos cómo se alejaba de eco en eco por la parte de Zug, y despues se disminuía, y por último se apagaba. Volvimos entonces los ojos otra vez al lago, todos nuestros curiosos habian desaparecido; únicamente á una gran profundidad descubriase un punto plateado que enseñé á mis compañeros: era nuestro lavareto que subia panza arriba. Al cabo de algunos segundos flotaba en la superficie del agua, de modo que no tuvimos mas que alargar la mano para cogerle; la bala le habia llevado media cabeza.

Volvimonos triunfantes á la posada; nuestro huésped nos aguardaba delante de sus fogones; no habia, sin embargo, creido deber adelantarse hasta empezar su guisado.

— ¿Qué tal? le dije yo enseñándole el pescado; ¿qué decís de esto, buen hombre?

— Digo, que siempre hay algo que apender en toda edad, respondió con aire de profunda humildad y mirando la magnifica pieza que le trajimos.

— Pues bien, mientras acabamos de vestirnos haced un fricassé y procurad condimentarlo bien.

Ignoro si era necesaria la recomendacion; pero lo que sé es, que el guisado estaba excelente, y que el lavareto era de tan decente dimension que hubo para todo el mundo, aun sobró para el guia de mi nuevo amigo, que habia llegado durante la comida.

Concluida la cena, ajustamos nuestras cuentas con el huésped; como luego comenzase á aparecer una ligera tinta anaranjada en la cima del Ruffiberg, pensamos que ya era hora de ponernos en camino. A la puerta de la posada mi compañero tiró por la izquierda y yo por la derecha.

— ¿A dónde diablos vais? me dijo.

— ¡Toma! á Lucerna.

— ¡A Lucerna!..... de allí vengo yo.

— ¡Toma, toma, toma!..... Entonces, ¿por que no llevamos el mismo camino?

— Vamos enteramente opuestos, vueltos de espaldas.

— Entonces, buen viaje.

— ¡Guárdeos Dios!

— Si pasais por Bruselas.....

- Si vais á París.....
 — Ésta dicho. ¡Adios!
 — ¡ Adios !

Y nos separamos para no volvernos á ver probablemente mas que en el valle de Josaphat.

— ¿Y bien? dije yo á Francesco, ¿ qué piensas de esto, muchacho ?

— A fe mia, señor, me respondió, pienso que teneis costumbres muy singulares; dejais los caminos buenos para tomar los malos, dormís de dia para caminar de noche, y pescáis con una carabina.

LAS GALLINAS DE M. CHATEAUBRIAND.

Saliendo de la posada del Aguila, y tomando el camino que se extiende á la izquierda del lago de Zug, nos encontramos sobre un terreno que pertenece exclusivamente á la historia. El camino que seguíamos fué seguido por Guessler y va á parar á su sepulcro. No nos detuvimos en Immensee, á donde llegamos á las siete de la mañana, sino el tiempo preciso para hacer un alto, y tomamos inmediatamente el camino de Kussnach, cuyo nombre, amorosamente poético beso de la tarde, está tan poco en armonía con el recuerdo de muerte que trae á la memoria. A cosa de un cuarto de legua de Immensee, nos metimos en el camino abierto en el barranco á cuyo extremo velaba Guillermo Tell: su ancho es lo apuradamente suficiente para que pueda pasar un carruaje, y se halla encajonado por ambos lados por unas rocas de doce piés de altura, sobre las que se elevan árboles cuyas ramas uniéndose y entrelazándose forman un arco sobre la cabeza del viajero. A su extremo se levanta

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO